



La palabra armonía

Suele uno no andar muy bien de ortografía (lo peor es que lo mismo sucede con el dinero), pero con la que Dios nos ha dado, poca o mucha, cada cual tiene lo que necesita para salir de un apuro, y hasta para servir a un amigo, si a mano viene. Hay un tal Ramírez, que en las cartas a Dulcinea del Toboso escribía estrella con griega (él la comparaba con una "estreyita"), y ella entendía perfectamente el caló, ortografía, letra, espíritu y todo lo demás, y le llevaba un apunte respetable.

Por consiguiente, ¡qué importa si armonía se escribe con hache o sin hache, ni qué importa si se escribe con "güe" (guarmonía), como en cocoliche! Pero la señorita Pepa, que es maestra de escuela, quiere que se escriba con hache.

Yo la dejo que lo quiera (siga nomás, señorita), y voy al hecho interesante de que una muchacha tan joven, sin pelo de barba, esté haciendo triunfar su teoría. ¡Hay algún catamarqueño más insufrible, incivil y gramatical que Nabor Carraca? Bueno, pues hasta Carraca.

Sucede que la Pepa y el Carraca eran maestros en la misma escuela, y que una vez, durante un recreo, ella le vió en el pizarrón la palabra armonía, sin hache. Y como es así, tan cocorita en materia ortográfica y demás materias, entró en la clase, y toda indignada, y haciendo más aspavientos que una gallina (disculpe la comparación, señorita Pepa), le borró la palabra y se la volvió a escribir, esta vez con hache, y todavía salió tirando la tiza contra un banco.

No sé si ustedes se dan cuenta del barro. ¡Ir a enumerarle la plana a un catamarqueño como aquel, que usaba toda clase de lentes y siempre andaba con un libro bajo el brazo!...

El catamarqueño se puso fulo, y no faltó ni un pelito para que escribiese un tratado contra el uso indebido de la hache. Al recreo siguiente le echó un responso a la señorita Pepa, y hay que ver cuán terrible cosa es un responso pronunciado con tonada catamarqueña. Carraca insistía principalmente en esto, y lo decía enarblando el dedo:

—¡Y cuidadito con que vuelva a ponerme los pies en la clase! Un bruto así hubiera intimidado, no digo a una

maestrina, sino a una lavandera; pero, amigo, la señorita Pepa es de estas que dan pataditas en el suelo y no hay quien las sujete. ¡La descompostura que recibió Carraca!...

—Esa es la educación que usted ha recibido, so guarango! ¡Usted no merece vivir en una ciudad, usted debía estar en el campo, entre los animales! Lo que usted necesita es pedir un banco en mi clase, para cepillarse un poco.

Había para quedarse turulato. Carraca se calló la boca, para no cometer un desatino, y entró en su aula renegando contra las mocosuelas atrevidas; y como encontró la tiza por delante, la tiró él también contra un pupitre.

Así comenzaron unos lios tremendos entre la señorita Pepa y el energúmeno de Carraca, a propósito del empleo de la hache. Ella, que era testarudita, lo tomaba por su cuenta a cada rato, y él empezó a tenerle miedo. En el colegio llegó a decirse con indiferencia:

—Es Pepa y ese otro, que se están peleando.

O sino:

—Es el catamarqueño y esa otra que no pueden vivir en paz.

Hasta que un día Carraca se dió cuenta repentinamente de una cosa:

—Pero si esta mocosita me está retando!

Este pensamiento le llegó mezclado con el perfume de recuerdos viejos. ¡Si aquello le había pasado ya en mejores días! ¡Si aquello era como las felpas amables de la madre y de la hermana grande! Sintió que le gustaba, ("y vió qué era bueno", como dice el Génesis) y se quedó hecho un niño delante de la chica, que seguía reprochándole su obstinación ortográfica. Pero ella misma tuvo a su vez la sensación de que alguna cosa extraña y nueva había acontecido, y no se le ocurrió nada mejor que mirar cómo brillaban las puntas de sus zapatos.

Pero, volviendo a la hache, que era lo principal, el resultado de todas estas pamplinas es que ahora Nabor Carraca preconiza el empleo de la hache en las palabras armonía, toalla, betún, etc.

Enrique M. RUAS.

Dib. de Macaya